

Buenas noches a todos.

Soy la amiga que compartió piso con Laura y Diego en la universidad, esa que aprendió que el amor se reconoce cuando alguien cede la última porción de tortilla... y cuando un domingo cualquiera se convierte en ritual de paella y cine clásico.

Recuerdo perfectamente la primera vez que oí hablar de Diego. Laura y yo estábamos con apuntes de Comunicación por todas partes, y ella, con esa mirada luminosa, me dijo: “Anoche hablé alrededor de una hoguera con un chico en la Sierra de Guadarrama... y no vimos el amanecer porque no quisimos que acabara la conversación.” Ahí supe que esto iba en serio.

Un tiempo después, en una fiesta de Halloween, conocí a Diego. Estabas disfrazado fatal —lo siento, Diego—, pero había algo en cómo mirabas a Laura que no necesitaba máscaras: paciencia, calma, lealtad. Ella, creativa y detallista, tú, leal y sereno. Y los dos, siempre generosos, cercanos, con la gente que queréis. La ecuación perfecta.

Vuestra historia se ha ido escribiendo en capítulos que me encantan: aquella primera cita en una cafetería de Malasaña, con café frío de tanto hablar; el día que adoptasteis al gato y descubristeis que tenía más carácter que cualquiera de los dos; la mudanza a Valencia, con cajas que ponían “fragilísimo” y una paella del domingo para celebrar que el hogar no es una dirección, sino quien te acompaña; y ese compromiso en un mirador de Lisboa, donde el “sí” sonó a promesa y a viento del Tajo.

Os he visto caminar juntos, literalmente. Rutas de senderismo con barro en las botas y chistes malos en la mochila. Os he visto cocinar con las ventanas abiertas, arroz dorándose y música antigua de fondo. Os he visto escoger pelis

en blanco y negro y abrazaros en silencio cuando la vida se volvía un poco gris.
Y siempre la misma constante: cómo os cuidáis.

Laura, tú haces del detalle una forma de amar. Diego, tú conviertes la paciencia en un refugio. Juntos habéis demostrado que el amor no solo es intensidad: también es constancia, ternura y equipo. Es preparar la paella del domingo aunque haya prisa. Es mirar el mundo como si fuera una montaña: paso a paso, disfrutando del paisaje, compartiendo el agua y la risa.

Hoy solo quiero deciros gracias por dejarme caminar a vuestro lado estos siete años. Que nunca os falte la chispa de aquella hoguera en la sierra, el aroma del arroz al punto perfecto, ni la banda sonora de vuestras películas favoritas cuando toque abrigarse el corazón.

Que sigáis encontrando miradores nuevos, gatos que os elijan, y cafés que se enfríen porque la conversación es demasiado buena.

Y ahora, por favor, levantemos nuestras copas por Laura y Diego: que su amor siga siendo casa, ruta y horizonte. A su vida juntos, a lo que ya son y a todo lo que viene. ¡Salud!

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es